

ANDRÉS ALAMARO

EL BOHEMIO DIGITAL

Cruza el charco para traernos una decena de canciones “autorreferenciales, con bisturí en mano”, que sólo podían brotar de alguien que vivió a fondo y retuvo, y que ha sabido destilar la esencia emocional de esa travesía. Alguien cuya curiosidad no decrece y que, lejos de desdeñar las nuevas tecnologías, ha descubierto en el universo virtual un magnífico medio para comunicarse y opinar, y para compartir la propia obra.

POR *Favier Menéndez Flores*
FOTOS *Adolfo Callejo*

No me encontraba con él desde la publicación de *On the rock* (2010), cuando lo entrevisté, y compruebo que estos tres últimos años apenas le han hecho mella: la indómita cabellera permanece intacta y en su relación con la báscula aún prima la complicidad, si bien los ojos poseen una afiladura distinta; como los de un hombre que vuelve a casa después de haber estado en todas las guerras.

Para la sesión de fotos, Andrés Calamaro (Buenos Aires, 1961) se cubre con una casaca *tuneada* (le ha recortado las mangas), camufla la mirada tras unas gafas que, en él, son seña de identidad y se calza unos zapatos de fantasía que nos hablan a gritos de su debilidad por lo *fashion*.

Después de la tormenta de flashes tomamos asiento. Tan sólo nos acompañan dos botellas de agua que agotamos casi enseguida y una grabadora de las que, advierte, no se fía: “Cuando termino de hacer entrevistas a grabador abierto, llego a mi casa fastidiado porque no estoy de acuerdo ni con lo que yo mismo dije”. Pero al hacerle saber que *Bohemio*, su nueva creación, me parece un trabajo hermoso y cargado de sabiduría, el artista—y en este caso la palabra no es una muletilla socorrida sino la definición exacta de quien tengo enfrente—se relaja. En efecto, se trata de un disco delicioso; de esos que conviene saborear despaciosamente, aunque también nostálgico hasta el dolor. La constatación de esto último asoma en la mayor parte de las 10 canciones que lo conforman. Se lo señalo y, tras un silencio superlativo, muy Calamaro, sacude la cabeza: “Terminé cansado de la melancolía. Las últimas canciones que escribí fueron *Inexplicable*, una mañana, después de buscar lo que Enrique Morente llamaba ‘un clavo donde colgar la ropa’, es decir, el principio de una canción, y luego, con una diferencia de 24 horas, *Cuando no estás*. Pero me cansé del látigo invisible, de mortificarme. Dejé de escribir canciones para evitar esa melancolía y seguí grabando en registros más instrumentales. Más enfocado a la producción, a la búsqueda y captura de nuevos sonidos”.

El ayer tiene, sí, un papel relevante en *Bohemio*. En el cuarto corte, *Rehenes*, el músico y escritor se lamenta: “Entonces era la libertad, a veces mataría por cinco minutos más”. Sin embargo, cuando afirmo que al escuchar esa canción, y otras del disco, la sensación que queda es la de que cualquier tiempo pasado fue mejor, se rebela y su lado más lírico/filosófico aflora, torrencial: “Si estoy viviendo un sueño, si tengo todo lo que podría haber querido y deseado, si soy todo lo que pudiera envidiarme y más de lo que mi versión juvenil podría imaginarse... Déjame aquí y ahora, en los burladeros y en el callejón, con mis giras por México y Colombia, con mi mujer, amando cada día el día entero, escribiendo y escuchando, descubriendo cosas nuevas que llevaban cien años esperándome para que esta versión mía las encuentre y las perciba... Ningún tiempo pasado fue mejor. La vida pasada fue un ensayo para vivir este presente espléndido. Vivimos lo que soñamos. Mañana será mejor. No practico la nostalgia ni echo de menos nada del pasado. Me gusta mi ‘ahora mismo’. *Rehenes* mira hacia atrás con ganas de vomitar y con orgullo, pero nada más. Si estas imágenes oníricas son flecos de la realidad, no es una realidad que quisiera frecuentar otra vez. Otra cosa es que pasado mañana sienta algo de nostalgia por días como hoy. Es verdad que este disco no tiene trampas: es transparente y, lamentablemente, confesional. Pero también hay cierto grado de mentiras. O de ficción. O de reflexión de otro género”.

Puede que Calamaro esté negando la mayor. O quizá sea del todo franco y la actualidad, el cuerpo en el que ahora habita y la cabeza que lo guía, sea la etapa más satisfactoria de lo que lleva de vida. La inteligencia, dicen, es eso: adaptarse al medio, y al momento. No obstante, pese a algunos mensajes esperanzadores (“muchos amigos que no están / me recuerdan la fortuna de existir”, *Nacimos para correr*), la literatura vertida en el disco parece regodearse en la pérdida. En aquel nerudiano “nosotros, los de entonces...”.

¿Nos hallamos ante una liturgia de la irrecuperable juventud, con sus grandezas y defectos?
Creo que puedo vivir muchos años y ser joven siem-

**ABUELO DE LA NADA
RODRÍGUEZ** El artista
posando para ‘Rolling
Stone’ el pasado mes
de julio.



pre. Voy a creer en eso hasta que la realidad me demuestre lo contrario. Entonces la voy a aceptar con resignación o resolverlo a la manera del matador de toros Juan Belmonte [se suicidó disparándose con una pistola].

Eterna juventud y bohemia, pues. La vida desahogada del reloj, de las servidumbres laborales, de la homicida rutina. La vida, en fin, como una pintura que contemplar pendiente del más mínimo detalle, y en la que, a ser posible, adentrarse.

Asociamos la bohemia al arte, a los cafés decadentes, a la vida contemplativa... ¿Qué lugares frecuenta un bohemio en la era de internet?

En mi caso, plazas de toros, restaurantes, tiendas de ropa, de discos y de libros. Es lo que realmente me gusta. Respecto a internet, ahora mismo no escribir en *Tweety* (ni hablar de no tener teléfono celular ni correo electrónico) hace más atractivo a un artista o a un líder de opinión. Pero *Tweety* se acerca al concepto de “ciudad”: pronto serán apreciados aquellos líderes que se muestren cercanos a su pueblo digital.

No es ningún secreto que Calamaro milita en Twitter, aunque él prefiera llamarlo *microblogging* porque, sostiene, no piensa pronunciar esa palabra sin cobrar. Pero su consumo de internet trasciende la red social, ya que en esa inmensidad inabarcable ha encontrado un filón: “Lógicamente, soy anterior al estallido tecnológico digital. Tardé muchos años en acoplarme a la grabación virtual y no soy hábil con las computadoras, las tabletas y las aplicaciones. Pero en el último año fotografíé corridas de toros, escribí canciones y realicé muchas grabaciones (antes y después de este disco), algunas de las cuales están en soundcloud.com/ak-25, al servicio del pueblo nube. Fueron más de 2.000 grabaciones en un año. Entre mayo y mayo. (También ensayamos fuerte, no falté a ningún ensayo si me correspondía estar, y estamos de gira). *Tweety* es como tirarse un pedo que huele a perfume”.

Me pregunto si añadirle “bohemio” a Calamaro no es incurrir en una redundancia, y le traslado esa duda por ver si me la resuelve: “Es posible que sí... Yo practico la bohemia pero también otras cosas, como el *mundanismo*. Un punto entre frívolo y artístico. ‘Soy mejor de lo que piensan pero peor de lo que imaginen’ (Rodolfo Galimberti). Soy un ciudadano del siglo XXI: me gusta la ropa cara, leo esporádicamente y me gusta el cine. No sé si me ajusto a los tópicos del bohemio: no fui un santo y tampoco vivo entre vapores de tequila lisérgica. Tengo experiencia profesional con la mala vida, la suficiente para no arriesgar la mía. También sé escapar a tiempo de las situaciones complicadas y tengo buena resistencia; puedo luchar por las cosas que quiero. Jamás apostaré en mi contra”, dice.

Después de residir largo tiempo en España, ha vuelto a afincarse en Argentina. Allí fue donde nos conocimos 12+1 años atrás; en los literarios camerinos del Luna Park, al cabo de un concierto de su doblemente colega Sabina, y unos meses más tarde me escribió un texto emocionante para *Perdonen la tristeza*, la biografía que hice del jienense. Justamente Sabina, cuyo amor por ese país es un clamor, me dijo que, si viviera allí, se volvería, seguro, gilipollas, dado el altísimo nivel de *cholulismo* (fanatismo) que se respira. Se lo cuento a Andrés y le pregunto si cree que Joaquín exageró o, por

‘Bohemio’, canción a canción

‘BELGRANO’ “Es un barrio de Buenos Aires, o varios. La franja urbana donde creció y vivió Luis Alberto Spinetta. Esta canción es una especie de carta de despedida. No pude despedirme del flaco hasta que pude escribirla”.

‘CUANDO NO ESTÁS’ “Es el nombre de un bolero inmortal, que no es esta canción en particular. Es muy sincera; la primera lectura es la correcta”.

‘TANTAS VECES’ “Es una canción de permanentes citas, o saludos, a otras canciones. El músculo sano de Los Rodríguez, el *Martín Fierro*, *Love Story* y el bolero *Perdón* (“Perdón, vida de mi vida...”). Por lo visto es una versión elástica y pluralista del perdón y la redención”.

‘REHENES’ “Es mi *Big Fish* [película dirigida por Tim Burton en 2003]. Un mosaico de instantáneas, de pequeñas escenas cotidianas, no sin alguna metáfora”.

‘NACIMOS PARA CORRER’ “Tiene *aquel* componente heroico... También es una provocación. Produce cierta sensación de eternidad”.

‘BOHEMIO’ “Sí, tiene aroma francés. También de tango abolerado o exactamente lo contrario. Es la mejor versión del *bohemio* del disco, la más aconsejable y natural. La que me gusta a mí. En realidad, no me consta que el álbum sea una colección de episodios bohemios. *Bohemio* es esta canción”.

‘PLÁSTICO FINO’ “Ésta sí que es bohemia marginal, intoxicante. Me sorprende que haya llegado intacta al disco. Sería más práctico escribir estas letras sin haberlo experimentado al pie de la letra”.

‘INEXPLICABLE’ “Acá intenté sonar como Babasónicos, un grupo de rock que desafía algunas poses frecuentes del rock de género. El rock no está en la velocidad o en la distorsión de una canción de rock. *Bohemio* tiene aires de *Wild horses*, el rock que los Rolling Stones tocaron sentados”.

‘DENTRO DE UNA CANCIÓN’ “Ésta es mi letra preferida. Lo que ocurre después de la canción y todo aquello que abarca o encierra”.

‘DOCE PASOS’ “Versos de mi eterno colaborador y amigo Marcelo Scornik *El Cuino*, quien escribió varias de mis mejores letras. Son los 12 pasos de los alcohólicos/narcóticos anónimos para triunfar sobre sí mismos y vivir mejor. Es el final feliz que nos merecemos. Perdimos mucha inocencia, pero no toda. Somos inocentes”.

el contrario, él, Charly García, Fito Páez y otros se han vuelto gilipollas. Es decir, que allá viven dos palmos por encima del suelo. “Que nos volvimos gilipollas está claro—contesta sin dudar. Pero acto seguido se defiende—: Joaquín pasa temporadas en Buenos Aires. Es turista, es estrella, la gente lo adora y llena teatros. ¡O estadios! Él va por temporadas y aquello es un paraíso. Pero si estuviera viviendo allí, ya le habrían acusado de rojo o de cualquier otra cosa. El respeto se pierde en todas partes. El *cholulismo*, según Sabina, nos convirtió en celebridades contra nuestra voluntad. Y las nuevas costumbres digitales esconden un ejército anónimo que intenta ofenderte sin que te des cuenta. Pero también hay buena gente y un público fantástico. Y tratamos bien a los artistas que nos visitan. Nos dejamos adular y respondemos con afecto y lealtad. Vivir dos palmos por encima del suelo te da una perspectiva más amplia de las cosas. Y mirar la vida desde arriba de un escenario... Eso es lo nuestro”.

Mirar desde arriba de un escenario era lo que hacía mejor que nadie *el Flaco* Spinetta, leyenda del rock argentino, fallecido el año pasado. Y ante esa tragedia, Calamaro no tuvo más remedio que hacer suyo aquel verso de César Vallejo: “Murió mi eternidad y estoy velándola”. Porque una parte importante de él murió también aquel día, y quiso reflejarlo en este disco.

¿Sin Spinetta es menos rock el rock y menos hermosa la Argentina?

Su muerte fue muy conmovedora para mí y creo que desató esta catarata de melancolía, bohemia, desarraigo y autodestrucción. Él fue un mentor, un héroe. Mi compañero y, también, mi amigo. Fue una gran pérdida porque era una gran persona y un gran artista. Pero se marchó dejando un legado que atesoramos la generación que lo escuchamos. Mi luto fue este laberinto inexplicable en el cual, inevitablemente, me inspiré para escribir la letra de *Bohemio*. Me afectó mucho. Me hizo pensar en cómo reaccionaría frente a una muerte anunciada. Y—añade, enigmático— me porté mal. Fui malo. Desaparecí. Encontrarme también tuvo su precio. Ahora ya lo he superado.

Aprovecho para preguntarle por otro paisano de gran estatura artística, y con el que también goza del privilegio de la amistad.

¿Cómo ves la polémica surgida en tu país por el hecho de que Fito Páez fuese contratado (contratos parece ser que suculentos) para actuar en distintos actos presidenciales?

Eso fue una injusticia y un disparate. Lo que él estaba haciendo era regalar su último disco a la gente que había pagado una entrada para verle en el Luna Park. Y que yo sepa, no hay ninguna ley que prohíba cobrar por haber ido a trabajar... Además, las cifras son muy tramposas. Esto no deja de ser un resfriado de las redes sociales, porque no había noticia. Se la inventaron los periódicos, a los que convenía anular, o al menos intentarlo, a un artista. Es evidente que fue una campaña negativa para su imagen, pero no fue espontánea sino que formó parte de las estrategias de la prensa crítica.

Una cosa lleva a la otra y acabamos inmersos en la situación política de su país, el cual, reconoce, “vive un momento complicado”. Porque la desafección con los políticos, el *in crescendo* “¡basta ya!” de la calle, no es un fenómeno exclusivamente español.



Según tú, ¿Argentina es, hoy, un vaso medio lleno o medio vacío?

Es una pregunta buena, y quiero pensar bien la respuesta. Si el vaso está lleno, se desborda; y si está vacío, cagamos, porque nos vamos a morir de sed... En Argentina, cualquier metáfora es posible: la copa rota, los vasos vacíos, el vaso medio medio... Los partidarios [del Gobierno] lo ven más lleno y los opositores lo ven vacío. Ocurre que la mayoría somos observadores neutrales, acompañando una situación democrática revalidada en unas elecciones relativamente recientes. Lo que está vacío es el mapa de relevos políticos frente a unas elecciones generales.

Sin alejarnos demasiado de la política le comento que los argentinos, no contentos con tener a Dios (hablo de Maradona, ¿o quise decir Messi?), se han hecho también con el Papa. Un Papa enemigo de los lujos y que no oculta su amor por los desfavorecidos.

¿Al Vaticano la apuesta le ha salido rana y ha puesto al frente de tan poderosa nave a un simpatizante de la teología de la liberación?

Este Papa no era nada popular como obispo argentino (teóricamente es ultraconservador, como la mayoría de los católicos), pero en el Vaticano está mostrando maneras peronistas. A veces parece que estuviera dando clases de peronismo. No sé si es la teología de la liberación o *marketing*, no tengo idea. De momento, tengo que inclinarme por la segunda opción. Pero la verdad es que se está ganando la simpatía de todos, ateos incluidos. Aun así, se espera de él que obre con transparencia en asuntos calientes, como la pederastia sistémica y el Vaticano financiero. Me llama la atención que haya tantos escépticos dispuestos a creerse el tinglado populista del Papa. No sabía yo que incluso los laicos estábamos tan necesitados de un golpe de fe.

Regresamos a España, una tierra no menos rica en contradicciones. Le recuerdo que hace tres años el encargado de gestionarle las entrevistas era Mario Vaquerizo, poco antes de su sorprendente salto a la fama. Y le pregunto si es la estrella de rock que este país comido por la crisis (económica y de valores) merece. “Mario es un encanto y un encantador, pero es auténtico. Se alimenta de cerveza y así se mantiene flaco para usar la ropa que le gusta. Jamás lo vas a ver descompuerto. Un *rock star* tiene que serlo y parecerlo. Además, llegó al pueblo y tomó la televisión por sorpresa... Es *trash*, tiene barrio y un natural aire aristocrático.

“Soy ciudadano del siglo XXI: me gusta la ropa cara y leo esporádicamente”

Lógicamente, nadie lo compara con Paco de Lucía”.

Andrés Calamaro, en cambio, vive siempre en artista, por dentro y por fuera: su cabeza no cesa de esbozar canciones y no descuida un segundo el ademán del genuino músico de rock. Un músico inquietísimo que ha hecho del exceso creativo su hogar, dulce hogar, y autor de uno de los más grandes discos que de ese género ha dado nuestro idioma,

Honestidad brutal. De ningún modo puedo cerrar esta charla sin preguntarle antes si lo considera su obra magna: “Quizás ese disco me consagra como artista con intenciones—reflexiona—, pero como corresponde también recibió críticas negativas y no fue igual de bienvenido en Argentina que en España. Aquella fue una grabación peculiar porque elegimos vivir en el estudio, escribir las canciones y grabarlas allí. Las sesiones eran interminables y la grabación duró nueve meses, viajando entre Buenos Aires, Madrid, Nueva York y Miami. El proceso *duro*, de componer desde los abismos, era permanente: los

estudios eran nuestro búnker psicotrópico y la grabación se nos escapaba de las manos todo el tiempo. Teníamos dos folios pegados en una pared del estudio con la lista de canciones que escribíamos/grabábamos. Una lista que no incluía versiones de otros autores o instrumentales. Tuve que *prometer* a mi entorno que no sería el límite. Esa intensidad se respira y se escucha. Es intenso pero balanceado. Un arco amplio que incluye

textos sociopolíticos, existencialistas, urbanos, tangos y provocaciones propias del rock, con colaboraciones de Scornik, Moris y Corcobado”.

Un exceso, ya digo. Por más que ahora, a sus 52 años recién coronados, asegure no alentar otra aspiración que la de dilatar al máximo este dulce presente: “Yo estoy encantado con lo que tengo—concluye—. Me pasaría la vida viviendo”. Amén. ☺